

# Modos de mostrar

Encuentros con  
Lola Salvador

Susana Díaz



***Modos de mostrar. Encuentros con Lola Salvador, Susana Díaz, Madrid, Cuadernos Tecmerin, 2012, 135 pp.***

La precarización de la educación y la cultura en España es una de las luces de alarma que se han encendido en los últimos años a raíz de la crisis económica. Medidas políticas como la reforma educativa, la subida del impuesto del IVA para los bienes culturales o la disminución de las retribuciones de los profesionales de ambos sectores dan buena cuenta de que estamos asistiendo a un cambio de modelo en el que la productividad está sustituyendo a la labor social como medidor de la eficacia de los recursos públicos. Y ambos sectores, el de la educación y el de la cultura, están estrechamente unidos, por cuanto el empobrecimiento del sector educativo supone el desmontaje del

aparato crítico del sector cultural, con un evidente efecto despolitizador. En momentos críticos aún recientes, como la transición de la dictadura de Franco a la democracia, manifestaciones como el cine, el teatro o la literatura fueron elementos transmisores fundamentales para la construcción del sistema social. Por eso, es importante que en este nuevo período los agentes culturales cuenten con un bagaje educativo suficiente para el cuestionamiento crítico de las explicaciones y discursos oficiales.

Así pues, la formación es imprescindible para la práctica cultural. Frente a esa concepción neoliberal de que el conocimiento es un don natural y de que la creación cultural surge a golpe de impulsos divinos y esporádicos, encontramos voces que valoran en su justa medida el papel de la educación para el ejercicio profesional. Voces que vivieron también los años de la Transición, como la de Lola Salvador, que apuesta por una mejora del sistema educativo para que los creadores audiovisuales sepan manejar los referentes. Así lo expresa cuando se le pregunta qué habría que hacer para mejorar la formación de los guionistas de cine y televisión:

Pues yo creo que se tendrían que mejorar, básicamente, los referentes. La cultura previa de esa persona y, sobre todo, enseñarles a mirar. Lo demás es sencillo. Si tienes algo que contar lo vas a contar pero claro, si nunca has estado ni en un museo, ni nunca has ido al teatro, ni nunca has leído un libro pues, mira, así no. Porque esto no es una cosa de te doy dos reglas de un manual americano y listo. Todo lo que es la gran tradición humanística de la Literatura, de la Filosofía, de la Música, de la Historia del Arte todo eso tiene que pasar por el audiovisual necesariamente [...] Y cuando encuentras a alguien que sabe, que ha leído, y que va en el metro leyendo y que sabe un idioma y que ha viajado un poquito y que ha ido a la biblioteca, pues ese ya va en cohete.

La pregunta se la hace Susana Díaz y la respuesta aparece en la página 112 del libro *Modos de mostrar. Encuentros con Lola Salvador*, un extenso diálogo en el que Salvador recorre su trayectoria en los distintos medios de expresión, como la prensa, la radio, el cine y la televisión. El objetivo del libro es el de recoger las opiniones de aquellos y aquellas cuya voz habitualmente no se escucha cuando se ela-

boran los relatos históricos hegemónicos» para así «mantener (y restituir) la memoria y la identidad audiovisual de nuestro país a través de las fuentes y testimonios orales», según indica Manuel Palacio (pág. 9) en la presentación de la colección en la que se publica el libro.

Y la elección de Lola Salvador resulta muy oportuna por cuanto nos encontramos ante una de las guionistas más relevantes del cine español contemporáneo. Y como el objetivo es dar voz, Susana Díaz va al grano desde el principio dejando claro en cada pregunta que la exposición de la experiencia personal de Salvador no puede ser un fin sino un medio para reflexionar sobre el oficio y, a partir de ahí, sobre la sociedad en la que nos encontramos. Por eso lo primero que hay que saber es cómo hemos llegado hasta aquí, y éstas son las primeras preguntas del libro: los orígenes de la entrevistada.

Las primeras respuestas indican ya que Lola Salvador entiende y comparte el objetivo del libro. Estas respuestas nos hablan de la postguerra, del miedo, del silencio y de la memoria quebrada, de un país que se ha construido a partir de un siniestro consenso: hay asuntos que mejor no remover demasiado. «Cuando era pequeña, en casa nunca se hablaba de la guerra, nunca, era tabú, hablar de eso nos hacía correr peligro», recuerda Salvador al principio (pág. 15). Esta circunstancia marcará su vida, así como la de la población y la de un país entero, y su trabajo irá encaminado a que sus nietos no vivan lo mismo. Por eso, cuando al final del libro nos habla del proyecto de completar su saga novelística de *El olivar de Atocha*, confiesa que lo que persigue es «inventar una historia de mi familia para que luego a estos niños, a estos nietos, no les pase lo que me pasó a mí, que solo tuve silencios, porque no se contaba nada, todo lo han contado los vencedores, pero no los que perdieron la guerra» (pág. 98).

Es aquí donde se confunden realidad y ficción, donde se demuestra lo artificial de esa división. Porque narrar comporta ese grado de responsabilidad de la creación audiovisual. Así, para Lola Salvador «inventar» la historia de su familia supone reconstruir un pasado que tantos han intentado negar para eliminar las voces, los recuerdos que incomodan el relato oficial. Como llega a decir cuando habla sobre la película que codirigió con Carlos Molinero, *La niebla en las palmeras*, «yo misma no tengo fotos de

la familia» (pág. 115). En este punto descubrimos que el libro de Susana Díaz no sólo es oportuno sino también necesario, por saber dar voz a una cineasta tan consciente de su posición en el mundo, de las implicaciones de su trabajo y del sentido del ejercicio de la escritura. Tanto da cuál sea el formato, una película, un programa de televisión o una entrevista realizada en los años 70 a Carmen Sevilla para la revista *Fotogramas*. Para Lola Salvador, escribir es dar un orden al caos de una sociedad inmersa en una paradoja irresoluble: todos los progresos tecnológicos más importantes y rápidos se han experimentado en el mismo siglo XX que ha acogido tantas guerras, desastres y muertes (pág. 115).

Por eso, el afán de Lola Salvador es implicarse en proyectos en los que cree, sin obviar por ello el carácter industrial de su oficio. Continuamente pone los pies en la tierra, y justifica muchas decisiones de las películas por el desarrollo de un trabajo diario que requiere sortear obstáculos de todo tipo. No hablamos ya de la censura del franquismo, sino de las otras censuras, de los impedimentos y requisitos de una industria que apenas arriesga por productos que se salgan de una fórmula establecida. «¿Por qué no son un poquito más valientes?, ¿por qué es todo tan cicatero?», se pregunta Lola Salvador recordando, por ejemplo, la apuesta corta y conformista de los directivos de TVE por la serie *Operación Malaya* (pág. 110). O el caso más conocido de *El crimen de Cuenca*, la película censurada en plena transición política, claro ejemplo del empuje de directores y guionistas como Lola Salvador, que ofrecieron un poco de aire mientras se estaba cocinando una transición cuyos efectos estamos viviendo en la actualidad. Con la diferencia de que ahora quizá tengamos menos aire que entonces, porque, según Salvador, «[a]hora el dinero ha acabado con todo [...] Y es que en aquellos años, a pesar de todas las discusiones, en Televisión Española había un diálogo muy abierto entre todos: ‘Hasta aquí llegas. No nos metas un gol, te estás pasando’. Pero había ese deseo colectivo de ‘vamos a abrir un poquito las puertas y que entre el aire’» (pág. 66).

Por lo menos, Lola Salvador sigue intentando que entre el aire. Y también Susana Díaz con este libro que ofrece un diálogo tan estimulante no sólo entre ellas, sino también con el lector al que se dirige, al que interpela sin cesar, ya que el libro está escrito, como indica la autora en la nota preliminar, «para todos aquellos amigos que comparten

con Lola Salvador su voluntad de resistir, de no rendirse nunca» (pág. 14). Pero es un libro concebido también para ganar nuevos amigos, y de ahí su acierto a la hora de conjugar su afán didáctico con una profundidad de reflexión y análisis que en ocasiones están ausentes cuando usamos el adjetivo «didáctico». De ahí que el libro esté perfectamente estructurado, siguiendo el relato un orden cronológico que permite comprobar la evolución profesional de Lola Salvador al detenerse en sus realizaciones más relevantes no sólo en el cine, sino también en otras disciplinas como la literatura o el periodismo.

De este modo, se muestra el deseable camino que habrían de seguir los libros de la colección Tecmerin, pero también

los libros sobre cine. Porque el cine, la educación y la cultura son cosa seria. Y ya iba siendo hora de que se diera voz a quienes tengan cosas que contar para evitar sucumbir a la nueva religión de la «productividad» y recuperar el sentido público de nuestras instituciones. La experiencia de Lola Salvador supone una excelente enseñanza para no perder el horizonte al que nos pretenden encaminar desde diversas instancias aprovechando la crisis económica, y si libros como el de Susana Díaz escasean, tal vez se deba a que las dosis de antídoto siempre son muy minoritarias en proporción a las cantidades de veneno.

**Manuel de la Fuente Soler**